

La plenitud poética de Saulo Torón

EL CARACOL ENCANTADO (1926)

por Sebastián de la Nuez Caballero

Con *El caracol encantado*, compuesto entre 1919 y 1923, editado en 1926, Saulo Torón llega a la plenitud de este tipo de poesía sencilla y aguda, que ya se había iniciado en *Las monedas de cobre* (1919), y que ahora aparece claramente vinculada a las corrientes creacionistas y vanguardistas del momento, pero conservando siempre la voz íntima y humilde de su poesía primera. Por otra parte *El Caracol encantado* es uno de los libros mejor contruidos de la poesía canaria de la época. Igual que el poema plástico sobre el mar realizado por su paisano y amigo, el pintor Néstor de la Torre, el poeta concibe su obra sintetizando los ocho momentos del día en el mar en cuatro, pero a los que hay que añadir (aunque sólo les dedique pocos poemas) otros cuatro momentos más que suman los ocho de la pintura. Joaquín Artilles nos confirma esta impresión cuando en su trabajo sobre "Saulo Torón, poeta lírico"¹, dice "que Saulo vio pintar los tres primeros cuadros del Poema y que Néstor decoró la casa del poeta con reproducciones del Poema entero".

Los cuatro momentos fundamentales son la *Iniciación* (o el Amanecer), la *Plenitud* (o el Mediodía), el *Crepúsculo* y la *Noche*; a éstos se añaden, al principio, el *Preludio* y para terminar *Las últimas oraciones*, *Alba postrera* y el *Final*. A través de cada una de estas partes se puede seguir un proceso poético perfectamente estructurado. Así los dos primeros momentos y los dos segundos tienen afinidades y correlaciones entre sí. Por ejemplo, vemos alegría y claridad en los dos primeros y tristeza y soledad en los segundos. El primer poema de *Iniciación* comienza:

*Primer claridad del día:
Risa del cielo. ¡Alegría!*
(*Poesías*, p. 175).

Y en el primer poema de *Plenitud* dice:

*¡Fuerza y libertad!
Sol pleno. Alegría.*
(*Poesías*, p. 197)

En cambio, en el poema XI de las "Oraciones y tristezas del Crepúsculo", dice:

¡Silencio y soledad!..Nada perturba

la transparencia del ambiente mudo.
(*Poesías*, p. 229)

O exclama en el poema XII:

*¡Cielo y mar, cielo y mar solo
ante la mirada,
y tristezas, densas tristezas
dentro del alma!..*
(*Poesías*, p. 230)

Frente a la claridad de los primeros momentos, en el primer poema dedicado a la Noche, sólo vemos sombras y nieblas:

*La Noche se adentra,
misteriosa y bruna...
Sombras y silencio...
Y después... ¡la luna!*
(*Poesías*, p. 239)

O como en el poema VIII, donde parece invadirlo todo la tristeza romántica de un nocturno:

*¡Oh, noche! ¡Quién pudiera
prolongar el encanto que en ti existe,
y hacer que todo fuera
como tu luna, transparente y triste!*
(*Poesías*, p. 247)

En las siete últimas oraciones se prolonga, como un lamento, como una queja que se extingue dejando una estela de melancolía, esa esencia que se desprende de toda la obra, como una última ola de ese mar real y metafórico que envuelve la vida del poeta y de sus poemas. Véase, como ejemplo, la última estrofa del primer poema, donde una luna simbólica se extingue melancólicamente:

SAULO TORÓN

EL CARACOL
ENCANTADO

(VERSO)

PROLOGO DE ANTONIO MACHADO

MADRID

*En el poniente, triste,
desorbitada y lenta,
la luna va apagándose
como una vida enferma...*
(*Poesías*, p. 260)

O en el poema IV, donde el poeta dirige una mirada hacia atrás o hacia adelante, en dos versos paralelos y bímembres, y sólo encuentra tinieblas en ambas direcciones:

*Mira hacia el pasado...¡sombras
solamente!
Mira hacia el futuro...¡sombras
nada más!*
(*Poesías*, p. 263)

Culmina el apartado con un último lamento donde el poeta insiste, por última vez, en un *leit motiv* que traspasa todo el libro: la fugacidad de la vida, que está implícito en las transmutaciones de la *Iniciación* a la *Plenitud*, y del *Crepúsculo* a la *Noche*. Finalmente el poeta también increpa al Creador, de una manera emocionada, con unas palabras donde parece que se ha extinguido toda esperanza:

*¡Llegar, y casi sin plegar las alas,
tener de nuevo que emprender la
[huida;
y girar otra vez en tu misterio,
en tus sombras, Señor, desconocidas!*
(*Poesías*, p. 266)

Vamos ahora a analizar el poema número VII del apartado inicial de este libro, porque nos parece uno de los más significativos en cuanto nos ofrece la cruz y cifra de lo que representa el tema del mar en la vida y en la poesía de Saulo Torón. Veamos el poema completo:

*Ola mansa, ola humilde,
ola de la ribera,
que en ella naces y mueres,
tan tímida, que apenas
el oído percibe tu quejido,
y la mirada atenta
sólo descubre el rasgo fugitivo
que grabas en la arena.
Ola mansa, ola humilde,
ola sin estridencias
tumultuosas, ola insignificante,
ola callada y buena:
De mi vida y futuro
tú acaso imagen seas.
En la playa nací,*

EL CARACOL ENCANTADO

y en la playa, también, acaso muera,
callado, humilde y tímido,
¡adivinado apenas!
¡como tú, ola mansa,
como tú, ola humilde,
como tú, ola de la ribera!

(Poesías, p. 183)

En seguida se percibe que toda la primera parte del poema —compuesto en silva asonantada— es una continua prosopopeya, en la que el poeta nos define en doce versos, la naturaleza de la ola marina. Y la describe por sus rasgos éticos, como se ve por la cantidad de epítetos que la califican de “mansa”, “humilde”, “tímida”, “insignificante”, “callada” y “buena”, que la definen como un ser humano dotado de virtudes. A ello se vienen a añadir las formas verbales que refuerzan esas cualidades morales. Así la

ola de la ribera
que en ella naces y mueres

encerrando la breve existencia de la ola en una imagen en un solo octosílabo constituido por los dos verbos que designan el principio y el fin de todo ser. Para insistir sobre esta brevedad añade la perspectiva del poeta, con lo que da más realidad a la fugitiva presencia de la ola:

y la mirada atenta
sólo descubre el rasgo fugitivo
que grabas en la arena.

En la segunda parte del poema el poeta se identifica con la ola misma hasta el punto de considerarla imagen— símbolo, diríamos, de su propia vida condensada en la enumeración de esas tres cualidades que recogen, en un verso trimembre, los elementos calificativos antes dispersos en el poema:

callado, humilde y tímido,

formando lo que Dámaso Alonso y Bousoño llaman una correlación diseminativa recolectiva². Termina el poema aún con una especie de epifonema admirativo, donde el poeta se compara con la ola también por las mismas cualidades apuntadas en tres versos reiterativos y paralelos:

¡como tú, ola mansa,
como tú, ola humilde,
como tú, ola de ribera!

En este poema— que creemos perfectamente logrado— vemos a Saulo Torón, el poeta bueno y humilde que se anunciaba en *Las monedas de cobre*, lograr su identificación simbóli-

ca no con el grande y sonoro mar que cantara Tomás, su amigo entrañable, sino con el elemento mínimo de ese mar con el que está familiarizado, con la más pequeña ola que se desliza en la playa— todos los días— hasta sus pies.

El mismo poeta se encarga de explicar el sentido de estos poemas trasladándolos “al lenguaje del acontecimiento amoroso, el *Amanecer* es la espera de la amada; el *Mediodía*, el encuentro de los amantes; el *Ocaso*, la traición y la huida; la *Noche*, el tormento de los recuerdos y, al final, la gran mentira”³. Pero todo, al comienzo, surge inconcreto y a veces parece simbolizar el ideal, la vida y no la amada verdadera en la obra de Saulo. También a través de *El Caracol encantado* está presente el Amor, esencial como proceso paralelo al proceso transformativo del día. Así en la *Iniciación* le vemos aparecer como la amada deseada y presentida, donde afirma rotundamente:

¡Vendrás! Yo no sé por dónde,

En la playa desierta

Amigos, ¿a dónde fueron
nuestras horas de amistad?
¿Qué silencio es el que hoy llena
este intimo quietud?

¿Dónde sueñan vuestros ojos
que no los cigo sonar?
Amigos, todos vais idos...
¡y yo estoy solo ante el mar!

Saulo Torón

pero sí sé que vendrás...

(Poesías, p. 193)

En estos versos el poeta— llevado por una idealización suprema— paralela a la de Juan Ramón, extrae de sus sentimientos la quintaesencia mística del amor más puro y perfecto:

Y serás, siendo mía,
eje y luz del universo;
concreción milagrosa
de lo eterno y perfecto.

(Poesías, p. 194)

En *Plenitud* la amada anunciada y presentida llega al fin, se hace presente realidad:

¡Llegaste al fin, mi presentida!..
¡Con qué vehemencia te esperaba!
Toma las llaves de mi amor
y abre las puertas de mi alma.

(Poesías, p. 199)

El amor convertido en síntesis y cifra de todo lo grande y lo infinito, en “germen y aliento de inmortalidad”, posee por entero y plenamente al poeta, pues como él dice:

*¡Ese amor, que es vida,
que es deseo eterno, locura o pasión;
ese amor que al mundo transforma y
[gobierna,
lo siento ahora dentro de mi corazón!*
(Poesías, p. 203)

El amor ha dejado de ser algo in-
concreto, ideal, y se ha encarnado en
una mujer real, aunque esté sublima-
do, como vemos en el poema XI, don-
de canta, como los poetas renacentis-
tas y románticos, a sus labios, a su
sonrisa, a su frente, a sus ojos, compa-
rando a estos últimos, en imagen
bellísima, con

*¡El día primero del mundo
eternizado en dos auroras!*
(Poesías, p. 208)

En esta plenitud amorosa, el poeta
llega al colmo de la exaltación:

*Si yo llegara a tener
el poder que tiene Dios,
sólo alumbraría el mundo
con la llama de tu amor.*
(Poesías, p. 209)

Después de dedicarle varios poe-
mas a esta amada tangible o sublima-
da con nombre⁴— según los instantes
poéticos, el poeta termina este momen-
to de plenitud haciendo converger los
elementos fundamentales de su poesía:
la eternidad, el amor y el mar, en torno
a la figura de la amada, en el siguiente
poema de tres versos:

*¡Eternidad!.. ¡Amor!
Tu silueta en la dulce ilusión de los
[cielos,
y el mar, en sosiego, diciendo tu
[nombre con claro rumor.
(Poesías, p. 216)*

En el *Crepúsculo*, coincidiendo con
la lenta caída de la tarde y el eclipse de
la luz, la amada desaparece de la vida
del poeta, quien anuncia desde el II
poema:

*Se fue por el mar, sutil,
como entró en mi corazón;
infinitamente pura,
como el sueño la creó.*
(Poesías, p. 220)

Después de la partida de la amada
ya no le quedará sino un gran vacío y el
consuelo de recordarla en los elemen-
tos que envolvieron su presencia o su
partida:

*Vengo a la playa sólo
a ver el mar que la llevó en la huida.*
(Poesías, p. 222)

Ya nada le interesa en el mundo ni
en la naturaleza, ya nada tiene valor
después de su huida; por eso se pregun-
ta ansioso enumerando— en ese verso



*El poeta con don Manuel Morales, hijo de Tomás Morales, y otros acompañantes.
(Fotos: cortesía de don Sebastián Sosa Alamo).*

demorado por el posilindenton— to-
dos los elementos que antes solían con-
mover y estremecer su canto:

*¿Qué me importa el mundo,
ni los astros, ni el mar, ni los cielos,
si llevo en el alma,
vestida de negro,
junto a tu recuerdo, la esperanza
[muerta,
y al dolor, oculto, labrando en
silencio?
(Poesías, p. 228)*

El poeta ve, en este ocaso y en esta
huida de la amada, el presagio de su
propia muerte, cuando en un breve
poema dice:

*Detenerte en la partida
fue mi afán único y fuerte;
pero ¿cómo detenerte,
si había de ser tu huida
el principio de mi muerte?
(Poesías, p. 234)*

Finalmente, en la *Noche*, ya no le
queda de la amada sino el recuerdo,
que, al principio, el poeta quiere rete-
ner en alguna parte del Universo y por
eso se dice a sí mismo también en el II
poema:

*¡Escruta en las sombras, y busca una
[estrella
—si llegas tan lejos—
donde pueda grabar para siempre
la huella que en mi alma dejó su
recuerdo!
(Poesías, p. 241)*

Intenta luego definir, en pocas pa-
labras y versos, lo que esta historia de
amor significó en su vida, de lo cual
surge un intenso y becqueriano poema
de dos estrofas paralelas:

*Una fugaz estrella
que cruza el firmamento
rápidamente, y cae
sobre el mar a lo lejos.*

*¡Eso fuiste en la intensa
penumbra de mi ensueño,
para rodar, al fin,
al mar de mi recuerdo!*

(Poesías, p. 246)

Primero es la imagen de la estrella
que desaparece en el mar, desarrolla-
da, en cuatro versos heptasílabos de ri-
ma romance, en un perfecto enlace de
encabalgamientos que siguen el movi-
miento del astro, que luego tiene su eco
o sus términos paralelísticos con los
otros cuatro versos, donde se en-
cuentra el símil del amor que ha des-
aparecido fugazmente, para quedar
hecho recuerdo, identificado con el
mar simbólico, el cual según hemos in-
dicado, es esencia del propio espíritu
del poeta.

Pero al final de la *Noche* todavía el
poeta ha querido quedarse más solo,
apartando incluso el recuerdo de ese
amor, para esperar imperturbable la
muerte en la playa donde se ha de
cerrar el ciclo de su vida:

*Me he arrancado del alma tu recuerdo
para quedar más solo todavía;
ni fe ni amor, ni idealidad de
[estrellas
en las dolientes noches de mi vida.*

*¡Solo sobre la playa desolada,
con la mirada en la extensión perdida,
hasta que llegue el eternal barquero
que me ha de transportar a la otra
[orilla!*

(Poesías, p. 254)

EL CARACOL ENCANTADO

Pero aun cuando parecía que el eco de ese amor infortunado se extinguía en el recuerdo en los linderos del acabamiento, todavía, en “Las últimas oraciones”, le dedica un pequeño poema que resume su terrible desengaño:

*¡Amor! Gran mentira.
¡Te creí eterno,
y eras sólo un aroma fugaz
que aspiré en un sueño!..*

(Poesías, p. 262)

Para terminar *El Caracol encantado* se añaden —como los arpeggios finales de una sinfonía— dos poemas más, que titula “Alba postrera” y “Final” que parecen sintetizar todo el libro, recogiendo los elementos de la estructura total de los poemas allí contenidos. En primer lugar el “Alba postrera” viene a indicarnos cómo, después de concluido el ciclo de los cuatro elementos del día, existe, aún más allá, una última aurora en la que el poeta pone sus esperanzas. Por eso no podemos decir que la poesía de Saulo Torón —a pesar de su tristeza o melancolía— sea pesimista o desoladora. Al menos el poeta siente las fuerzas vírgenes de la juventud que aún le incitan a la aventura, las cuales le hacen exclamar al final:

*¡A la mar otra vez, que un nuevo
[orientado]
para vivir te aguarda!..*

(Poesías, p. 269)

Pero el poeta mira más allá, al futuro inevitable, donde todo acaba, y así también donde concluye el libro

¿SERÁ ELLA?

*Pero, no obstante, las sombras
se hacen cada vez más densas.
Mis oídos ya no oyen,
mi cerebro ya no piensa.*

*Mi corazón angustiado
como un pájaro aletea.
Mis ojos quieren mirar,
y en vez de mirar, se cierran.
—Las luminarias de ayer
se han convertido en pavesas!—*

*Nada espero. Y sin embargo
alguien hasta mí se acerca,
y me acoge... y me acaricia...
y me acuna... ¿Será Ella?..*

*¡Alma, despierta a la luz!
—Pero el alma no despierta!—*

concluye la vida, como podemos ver en este sencillo e impresionante poema titulado “Final”:

*¡Y he de morir ¡oh mar!, he de morir
como una ola más en tu ribera!
Le entregaré mi alma al infinito
igual que el infinito me la diera:
¡pura y sin manchas!; y una noche*

*[clara,
en lo azul brillará, como una
[estrella!*

(Poesías, p. 273)

Como se ve, este pequeño poema está formado por seis endecasílabos que riman en asonante alternadamente. La primera secuencia o cláusula poética está formada por los dos primeros endecasílabos:

*¡Y he de morir ¡oh mar! he de morir
como una ola más en tu ribera!*

Obsérvese cómo el primero de estos versos tiene una estructura binaria perfectamente simétrica en la que las cláusulas verbales idénticas, ciertas e inevitables, están divididas por la invocación admirativa al mar, y cómo después se encabalga suavemente, como la misma ola, en el símil que constituye todo el segundo verso, donde se vuelven a identificar el poeta y el mar mismo, como hemos visto en el poema más arriba estudiado, donde también comparaba su vida “como tú, ola de la ribera!” Ambos endecasílabos están a su vez encerrados entre admiraciones, lo que baña de intensidad afectiva toda la secuencia.

La segunda cláusula, así mismo, está formada por los dos endecasílabos siguientes:

*Le entregué mi alma al infinito
igual que el infinito me la diera:*

En ella la onda emocionada se interrumpe para dar paso a la última decisión del poeta en los umbrales de ultratumba, donde se expone una idea casi silogística, que se expresa en dos versos paralelos en que se han invertido los términos de la oración; donde el yo sujeto del primer verso pasa a ser complemento indirecto en el segundo, y “el infinito” que era complemento indirecto pasa a ser sujeto, permaneciendo “el alma” invariable, que es el objeto transferido en ambos casos. Este quiasmo simétrico perfecto comunica una sensación de equilibrio de fuerzas al poema, que termina, otra vez, emocionadamente, como al comienzo, con los dos endecasílabos finales, y éstos colman los anhelos del poeta:

*¡Pura y sin manchas!; ¡y una noche
[clara,*

*en lo azul brillará, como una
[estrella!*

La primera cláusula referida al objeto anterior se destaca ahora como principal elemento de todo el breve poema: El alma “¡Pura y sin manchas!” He aquí la honda preocupación ética que ha venido estremeciendo la vida y la poesía de Saulo en estos dos libros primeros, y que seguirá siendo el norte de toda su obra hasta el final. Si no podía ser la de nuestro poeta una poesía pesimista, tampoco puede ser una poesía aseptica y sin compromiso.

El poema termina también como comienza, con una imagen. Pero si antes era su vida— como ya lo hemos visto en un anterior poema— algo humilde y sencillo como “una ola más” que se deshace sin dejar huella, ahora su alma, al contrario de su vida, se identifica con el universo, y por fundirse en él, se transforma en algo grande y maravilloso “como una estrella”. Resumiendo podemos hacer estos correlatos:

A') vida— muerte— ola del mar
A'') alma— infinito— estrella

Esto viene a sintetizar la poesía de *El Caracol encantado*. El mar que preside la vivencia y la experiencia poética como un testigo, como un dios, es la fuente de su propia creación. A él se dirige, —“¡oh mar!”— y con él se siente identificado como “una ola más en tu ribera”. Pero allá dentro está el alma que es inmortal, porque pertenece al infinito del que salió y al que ha de volver de manera inexorable, y esa alma será devuelta pura porque el mundo no pudo contaminarla. Ha respirado— como querían los platónicos— en la atmósfera de las puras ideas, y por eso se podrá identificar con una estrella, brillante, limpia, alada en el cielo puro en una noche sobre el mar de Canarias.

Sebastián de la Nuez Caballero
es Catedrático de Literatura de
la Universidad de La Laguna

NOTAS:

- (1) JOAQUÍN ARTILES, *Anuario de Estudios Atlánticos*, n° 22, 1976, p. 308.
- (2) *Vide Seis calas en la expresión literaria española*, Gredos, 1951, p. 5.
- (3) VIDE J. ARTILES, “*Anuario*”, cit. p. 309.
- (4) Confiesa Saulo que “El Caracol es como una crónica de amor y de mar”. Y al parecer “Saulo había vivido su primer amor, que terminó con un cruel desengaño”. (Vide Artiles, *ob. cit.* p. 308 y nota 19).